

¿Rezar los salmos? ¹

¿Es posible rezar los salmos? ¿Un hombre del siglo veinte puede seguir rezando textos escritos hace más de 2000 años, de los cuales algunos tal vez datan de más de 2500 años? ¿Puede un occidental volver a tomar estas oraciones compuestas en una cultura muy diferente de la nuestra, una cultura sobre todo agraria, donde todo era sacralizado? Aún más: ¿puede un cristiano, miembro de la Nueva Alianza en Jesucristo, hacer suyos estos textos del Antiguo Testamento? ¿Puede verdaderamente asimilar estos textos, algunos de los cuales tienen una tonalidad pre-evangélica, o hasta anti-evangélica, puesto que imploran desgracia sobre los enemigos? En fin, ¿tenemos necesidad de textos prefabricados para orar? ¿No sería mejor ser espontáneos en la oración, dejar hablar nuestro corazón? Un sabio benedictino, excelente conocedor del monacato antiguo, el Padre Adalbert de Vogüé escribió recientemente un pequeño artículo con título provocador: "Salmodiar no es rezar"².

Las objeciones, pues, no faltan. Sin embargo, a la pregunta: ¿es posible rezar los salmos?, hay que contestar: sí. En un primer tiempo diré porqué. En una segunda parte trataré de demostrar cómo hacerlo.

I. ¿Por qué rezar los salmos?

1. En primer lugar porque los salmos son ricos en autenticidad humana. Un día estuve a la cabecera de uno de mis cofrades que agoniza-

¹ El autor es monje, sacerdote, de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia de la Abadía de Claraval, Luxemburgo. Traducido de *Liturgie*, 90 (septiembre 1994), pp.212-234, por Juan Groverman, ocs, (Monasterio Ntra. Señora de los Ángeles).

² Cf. *Ecclesia orans*, 6, 1989, 1, pp. 7-32.

ba. Estaba aparentemente inconsciente. Había llevado un libro de oraciones y quise leer una de ellas. Pero todas me parecían artificiales en estas circunstancias. Entonces me acordé que a aquel hermano allí tendido ante mí, un ex-obrero de fábrica, le gustaban mucho los salmos: los había copiado muchas veces y había leído muchos comentarios sobre ellos. Entonces leí en voz alta el Salmo 70³:

*Yo me refugio en ti, Señor,
 ¡Que nunca tenga que avergonzarme! ...
 ... tú, Señor, eres mi esperanza
 y mi seguridad desde mi juventud.
 En ti me apoyé desde las entrañas de mi madre; ...
 ... y mi alabanza está siempre ante ti. ...
 ... Ahora que estoy viejo y lleno de canas,
 no me abandones, Dios mío,
 hasta que anuncie las proezas de tu brazo
 a la generación que vendrá.
 Tu justicia llega hasta el cielo, Señor:
 tú has hecho grandes cosas,
 y no hay nadie igual a ti, Dios mío.
 Me hiciste pasar por muchas angustias
 (el Hno. Hugo había sido prisionero durante la guerra)
 pero de nuevo me darás la vida;
 me harás subir de lo profundo de la tierra,
 acrecerás mi dignidad
 y volverás a consolarme.*

Lo que en primer lugar me conmueve de los salmos es su autenticidad humana: esa es la primera razón por la cual me gustan. Muchos de ellos responden a situaciones existenciales reales. Ahora bien, en la vida humana, a menudo se encuentra sufrimiento. Pasa lo mismo en los salmos. Se oye en ellos al enfermo que gime (*Sal 6*), a un hombre gravemente amenazado por sus enemigos (*Sal 68, 139*), a otro traicionado por su amigo (*Sal*

³ Emplearemos aquí la numeración de los salmos tal cual está en la Biblia Griega, en la Vulgata y en la Liturgia de las Horas. (La versión española que citamos es según la traducción del “*Libro del Pueblo de Dios*”, ed. Paulinas, 1987 [N. del T.]).

54), a otro escandalizado por la prosperidad de los malvados (*Sal* 36), a un hombre que se siente abandonado por Dios (*Sal* 21), a un anciano agobiado por los años (*Sal* 70), etc. Todo esto suena a verdadero. No son consideraciones falsamente piadosas, sosas, artificiales, sino gritos, gemidos; se trata del hombre que protesta contra el sufrimiento, que pide socorro, que pide la venganza divina sobre los que, injustamente, le hacen daño. Y esto mismo ¿acaso no es muy humano?

2. He aquí ahora una razón más teológica para rezar los salmos: ellos pertenecen a la Biblia, que contiene la palabra inspirada por Dios. La Biblia no es un libro, sino una biblioteca que contiene libros de carácter muy diferente: libros de historia, libros de cuentos, recopilaciones de profecías, proverbios, cartas, un poema de amor, etc. Todos estos libros contienen oraciones, pero en la Biblia —incluido el Nuevo Testamento— hay una sola recopilación de oraciones: el salterio. Si queremos que nuestra oración esté marcada por la Biblia, el salterio es pues el paso obligado. No existe ningún otro libro de oraciones que posea el privilegio de ser palabra de Dios. Ni aun el Misal. Cuando rezamos con los salmos, hacemos pasar por nuestros labios la misma palabra de Dios, le volvemos a decir las palabras que Él nos ha dicho. Como lo declara San Basilio, obispo de Cesarea de Capadocia (siglo IV): *los himnos son fórmulas humanas, mientras que los salmos son cantos del Espíritu* (Carta 207).

3. Tercera razón, sobre la cual me extenderé más: el salterio fue usado como oración por alguien que está en el centro de nuestra fe cristiana, a saber, por Cristo mismo. Como todo buen judío, Él estudió los salmos, los escuchó en la Sinagoga, los recitó. Aun se puede decir que probablemente es con las palabras del salterio que fue iniciado en la oración. Así, pues, el Hijo de Dios hecho hombre aprendió a dirigirse a su Padre diciéndole las palabras del salterio. Por otra parte, Él está tan impregnado de ellas que son palabras del salterio las que suben a sus labios en el momento más crucial de su existencia, justamente en la cruz. Según el evangelio de Mateo, en el momento de morir, *hacia las tres de la tarde, Jesús exclamó en alta voz: "Eli, Eli, lemá sabactani", que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"* (Mt 27,46). ¿Grito de desesperación? No, porque es una cita del salmo 21, que si bien es una sorprendente profecía de la Pasión, en su segunda parte canta la liberación de la muerte. Igualmente, en el evangelio de Lucas, es un texto sálmico el que Jesús pronuncia en la hora suprema: *Entonces Jesús, con un grito*

exclamó: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, y diciendo esto, expiró (Lc 23,46). Se trata del versículo 6 del salmo 30, salvo la palabra “Padre”.

Pero Jesús hizo más que decir o recitar salmos: les dio cumplimiento. Por medio de su vida, de sus sufrimientos, de su muerte, por su confianza inalterable en Dios, Él da a los salmos que hablan de estos temas una nueva realización, siempre más rica de lo que dejaba entrever su sentido literal. Así lo entendieron sus primeros testigos, cuyo testimonio está cristalizado en los evangelios y en los demás escritos del Nuevo Testamento. No podían evitar de pensar en Jesús en la cruz cuando volvían a leer textos como estos:

(Salmo 68,8-10) Por ti he soportado afrentas

y la vergüenza cubrió mi rostro;

me convertí en un extraño para mis hermanos,

fui un extranjero para los hijos de mi madre:

porque el celo de tu Casa me devora,

y caen sobre mí los ultrajes de los que te agravian.

(Salmo 68,20-22) Tú conoces mi afrenta, mi vergüenza y mi deshonra,
todos mis enemigos están ante ti.

La vergüenza me destroza el corazón,

y no tengo remedio.

Espero compasión y no la encuentro,

en vano busco un consuelo ...

... y cuando tuve sed, me dieron vinagre.

Es cierto que la continuación del texto, explayándose en imprecaciones, nos recuerda que pertenece al Antiguo Testamento, pero otro tanto sucede con la mayoría de las profecías que integran los escritos de los profetas, donde se encuentran desordenadamente elementos que se aplican a Cristo y otros que quedaron superados por el mismo Cristo, una de cuyas últimas palabras fue: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34). Pronunciadas por alguien cuya última palabra es el perdón total, las palabras del salterio, sea cual fuere su violencia, adquieren de ahí en más un excedente de sentido en lo cual, precisamente, consiste su cumplimiento.

Cristo no cumple solamente los gritos de sufrimiento, tan frecuentes en el salterio, sino también la exultación del hombre atendido por Dios. Él cumplió el salmo 15:

*(Salmo 15,8-10) Tengo siempre presente al Señor:
 él está a mi lado, nunca vacilaré.
 Por eso mi corazón se alegra,
 se regocijan mis entrañas
 y todo mi ser descansa seguro:
 porque no me entregarás a la Muerte
 ni dejarás que tu amigo vea el sepulcro.
 Me harás conocer el camino de la vida,
 saciándome de gozo en tu presencia,
 de felicidad eterna a tu derecha.*

Después de la resurrección de Cristo, ¿cómo no ver aquí una profecía de su paso a la misma vida de Dios, a la derecha del Padre? Esta interpretación está atestiguada en el discurso del apóstol Pedro el día de Pentecostés: *A este hombre, Dios lo resucitó, librándolo de las angustias de la muerte, porque no era posible que ella tuviera dominio sobre Él. En efecto, refiriéndose a Él, dijo David: ...* y Pedro cita el salmo 15 (*Hch 2,24-28*).

Señalemos que cuando los antiguos autores cristianos hablan del profeta de manera absoluta, no se trata de uno de los cuatro profetas mayores (¡ni siquiera de uno de los doce menores!), sino del salmista, de David considerado, globalmente, autor de los salmos.

Un día también Jesús argumenta a partir de un salmo para hacer entender que Él es mucho más que un simple descendiente de David. Basándose en la atribución tradicional a David, Jesús declara: *¿Cómo pueden decir los escribas que el Mesías es hijo de David? El mismo David ha dicho, movido por el Espíritu Santo: “Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies”. Si el mismo David lo llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?* Y el evangelista agrega: *la multitud escuchaba a Jesús con agrado (Mc 12,35-37 y paral.)*. “Con agrado” porque Jesús volvió contra sus adversarios el género de argumentos que ellos acostumbraban emplear. Su argumento no nos obliga a creer que David es, efectivamente, el autor del salmo 109, sino que este salmo –como todo salmo– es realmente inspirado por el Espíritu

Santo. Ahora bien, esto es el mismo evangelio —los tres sinópticos— que lo afirma. Esto —cuando menos— ha de volvernos prudentes frente afirmaciones masivas que pretenden que los salmos son anti-evangélicos. La relación de los salmos con el evangelio es mucho más compleja.

4. Cuarta razón: Cristianos de todos los tiempos, o en todo caso los mejores de entre ellos, han empleado siempre los salmos en sus oraciones. Voy a citar aquí solo a laicos. En primer lugar de la Edad Media. Cuando San Luis, rey de Francia, cayó en manos de los Sarracenos, lamentó “fuertemente” (*moult fort*) el estar privado de su salterio. Un domingo que compartía la prisión, trató de persuadirlo de que los *Pater* y *Ave* podían reemplazar los salmos. Pero el rey no se dejó convencer, y más tarde manifestó gran contento al recuperar su salterio⁴.

En el Renacimiento, *Santo Tomás Moro* (siglo XVI), *canciller de Inglaterra, había recopilado cierto número de salmos escogidos, a los que recurría frecuentemente. Cada día añadía a sus oraciones de la mañana y de la noche, el rezo de los salmos penitenciales, de los salmos graduales y del salmo 118⁵*. Remontándose a la Antigüedad, puede citarse a San Ambrosio, el ex-prefecto de policía que llegó a ser obispo de Milán: *Un hombre sensato tendría vergüenza de terminar su jornada sin la recitación de algún salmo⁶*. En esa época, *el pueblo cristiano encuentra estos poemas tan hermosos que los canta en todas partes: en las casas, en las encrucijadas y de camino⁷*. Sidonio Apolinar, en una de sus poesías, describe a los marineros y a los pasajeros cantando salmos mientras siguen el curso del río, imagen de la vida (*Inscrip. in eccl. lugdun.*). *Los niños que ponen mala cara ante la lección, se regocijan cuando se trata de aprender un salmo y ya no cesan de cantarlo⁸*. El salterio fue por largo tiempo el abecedario. Paula, una de las mujeres piadosas de la aristocracia romana que se estableció en Belén, en particular para beneficiarse de la dirección espiritual de San Jerónimo, escribe a Marcela que en Belén

⁴ G. Chopiney, *Les Psaumes, ces inconnus*, (“Travailler à bien penser” n° 43), Paris, éd. du Cèdre, 1955, p. 18.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Hexaameron*, V, 12, 13, citado por Chopiney, *o. c.*, p. 10.

⁷ Teodoreto, *Praef. in ps.*

⁸ Chopiney, *o. c.*, p. 11.

sólo el canto de los salmos rompe el silencio; el labrador guiando su arado canta Aleluya; el segador atempera el peso del día con el canto de los salmos; el viñador, podando la vid, tiene siempre en sus labios algún pasaje de David⁹.

En la época contemporánea está, por ejemplo, el caso de uno de los padres de Europa, el italiano Alcides de Gasperi. Injustamente encarcelado por Mussolini en 1927, escribe el 12 de mayo a su mujer dándole cuenta del empleo de su tiempo en la cárcel. Declara particularmente: *En fin, cuando empieza a oscurecer, traduzco los salmos de David cuya lectura me alegra e incluso me transporta. A menudo he murmurado en los momentos difíciles, como en un canto secreto del alma, el salmo 141, donde se dice que, refugiado en una gruta, David se creía perdido definitivamente. Léelo también en la traducción que encontrarás en casa¹⁰.* Puesto que de Gasperi recomendaba a su mujer este salmo 141, citémoslo entero ya que es bastante corto:

(Salmo 141) *Invocaré al Señor con toda mi voz,
con toda mi voz suplicaré al Señor;
expondré mi queja ante él,
expresaré mi angustia en su presencia.
Ya se me acaba el aliento, pero tú conoces mi camino:
en la senda por donde voy
me han ocultado una trampa.
Miro a la derecha, observo,
y no hay nadie que se ocupe de mí;
ya no tengo donde refugiarme,
nadie se interesa por mi vida.
Por eso clamo a ti, Señor,
y te digo: "Tú eres mi refugio,
mi herencia en la tierra de los vivientes".
Atiende a mi clamor,
porque estoy en la miseria;
líbrame de mis perseguidores,*

⁹ PL 22, 491, citado por Chopiney, o. c., nota 10.

¹⁰ Citado en E. Arnoult de Pirey, *De Gasperi, le Père italien de l'Europe*, Paris, Téqui, 1991, p. 121.

*porque son más fuertes que yo.
Sácame de la prisión,
y daré gracias a tu Nombre:
porque los justos esperan
que me concedas tu favor.*

Algún tiempo después, un juicio inicuo condena a de Gasperi a cuatro años de prisión y a pagar 20.000 liras de multa, cuando él creía que sería liberado. Al día siguiente del juicio, al escribirle a su esposa, decía: *Aquella mañana había salido de mi celda con la certeza del veredicto de inculpabilidad... ya desde hacia dos días leía solo los salmos de la subida al Templo, los cantos de alegría y acción de gracias. E incluso aquella mañana, con alegría tendí las manos hacia las esposas. Adelantándome, atado, en la larga fila de veinticuatro presos, yo rezaba en mi interior:*

(Salmo 125) *¡Cambia, Señor, nuestra suerte
como los torrentes del Négeb!
Los que siembran entre lágrimas
cosecharán entre canciones.
El sembrador va llorando
cuando esparce la semilla,
pero vuelve cantando
cuando trae las gavillas.*

*porque este es el salmo 125 que conmemora el fin de la cautividad de Babilonia*¹¹. Para de Gasperi, ay, no era todavía la liberación: habría que esperar la intervención del Obispo de Trento interpellando a Mussolini en plena ceremonia pública. Pero, a pesar de todo, de Gasperi conserva la confianza, tal como lo hicieran los salmistas antes que él, y sobre todo el supremo salmista, Jesús.

5. Quinta razón: La liturgia cristiana emplea ampliamente los salmos. Trátese de la liturgia romana o de las liturgias orientales, los salmos ocupan un lugar destacado. En la actual liturgia romana de la Misa, un extracto de salmo está previsto como eco a la primera lectura bíblica, y la

¹¹ O. C., p. 127.

Presentación General del Misal Romano califica el salmo como elemento esencial de la Liturgia de la Palabra. Por desgracia, en la práctica, a menudo es omitido, tal vez porque no existen aún muchos salmistas capaces de cantarlo correctamente, o porque el texto parece muy alejado de la mentalidad de los fieles. ¿Pero, es realmente el caso?¹².

Veamos, por ejemplo, el salmo responsorial de la Misa del primer domingo de Cuaresma del ciclo C. Este salmo 90 es uno de los privilegiados de la Cuaresma: es utilizado en el evangelio del día, aunque citado por el diablo, ¡que también él parece conocer los salmos! Es un salmo de confianza en Dios, rezado a menudo en Completas, antes del descanso nocturno.

Pero la Eucaristía no es la única forma litúrgica cristiana. A su lado está —o debería estar— la liturgia de las Horas, el rezo del Oficio, que de ninguna manera está reservado a los clérigos o a los monjes, sino que es en realidad el bien común del pueblo cristiano. En las cuatro características de la primera comunidad cristiana descrita en los *Hechos de los Apóstoles* encontramos un indicio: *Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones (Hch 2,42)*: partir el pan es celebrar la eucaristía; participar en las oraciones, no es rezar el rosario, sino rezar en pequeños grupos o en familia, o aunque sea individualmente, las oraciones recibidas de la tradición judía, esto es, los salmos, a los cuales se agregan las oraciones propiamente cristianas. Hay indicios de que los primeros cristianos, siguiendo a los judíos piadosos, rezaban parecidas oraciones a la mañana y a la noche, y tal vez a mediodía, es decir a las horas de los sacrificios en el Templo de Jerusalén. Es el embrión del oficio de las Horas, que redescubren hoy cierto número de laicos, aun si sólo se trata de una adaptación de los largos Oficios monásticos.

¿Por qué rezar los salmos en la liturgia de las Horas? Porque en la oración de los salmos rezada por un grupo de cristianos, hay una presencia particular de Cristo. El Concilio Vat. II declara: *Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro... sea sobre todo*

¹² Señalemos M. Gilbert s.j., *Les louanges du Seigneur. Commentaire pastoral et spiritual des Psaumes du Dimanche et des Fêtes*, Paris, Desclée, 1991.

*bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde dos o más están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20) (SC n° 7). Hay, pues, una presencia real de Cristo cuando algunos cristianos se reúnen para celebrar el Oficio y cantar los salmos*¹³.

Hemos evocado algunas razones que abogan en favor del empleo de los salmos para los cristianos. Hay que ver ahora cómo utilizarlos.

II. ¿Cómo rezar con los salmos?

Mencionaré tres maneras:

1. La utilización de versículos aislados como "*oraciones jaculatorias*", como gritos de oraciones.
2. La meditación de ciertos salmos.
3. La salmodia del conjunto del salterio.

1. Rezar con versículos sálmicos: El ejemplo más célebre en la tradición cristiana es el versículo que abre el Oficio: *Dios mío, ven en mi ayuda. Apresúrate, Señor, a socorrerme (Sal 69,2)*. Casiano, ese monje marsellés que en el siglo V fue a reportear a los Padres del desierto, declara que cuando se dice a menudo este versículo, se puede llegar a la contemplación. *Es una oración (oratio) para repetir sin cesar*, dice (Conf. 10,10, 14 y 15), *su repetición conduce a un conocimiento íntimo de los salmos que permite pronunciarlos como una oración personal, con profunda compunción del corazón (Conf. 10,11,4), esperando alcanzar la oración de fuego que sobrepasa a todas las demás*¹⁴. He aquí, pues, an-

¹³ Se encontrará la doctrina oficial de la Iglesia sobre los salmos y su relación con la oración cristiana en la Ordenación General de la Liturgia de las Horas (OGLH) n° 100 al 109.

¹⁴ A. de Vogüé, *Psalmidier n'est pas prier*, en "Ecclesia orans", 6, 1989, n° 1, p. 27.

tes de la letra, como una especie de “*oración a Jesús*”, practicada por los monjes orientales recientes, con el ritmo de la respiración: *Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí, pecador*. Hay un ritmo respiratorio también en los salmos, porque los versículos sálmicos a menudo son binarios: estando un versículo compuesto por dos hemistiquios, se respira al final del primero, esto es, en la “*mediante*” (o si el versículo estuviere compuesto por tres hemistiquios, al final del segundo).

Por supuesto que se pueden elegir otros versículos fuera del célebre *Dios mío, ven en mi ayuda*. He aquí algunos, recorriendo las primeras páginas del salterio:

- ¡Piedad, Señor, porque me faltan las fuerzas, sáname! (Sal 15,2).
- ¿Por qué Señor, te quedas tan lejos? ¿Por qué te ocultas en los momentos de angustia? (Sal 9b,1).
- Señor, tú eres mi bien, no hay nada superior a ti. (Sal 15,2).
- Yo te invoco, Dios mío, porque tú me respondes: inclina tu oído hacia mí y escucha mis palabras. (Sal 16,6).
- Protégeme como a la pupila de tus ojos; escóndeme a la sombra de tus alas. (Sal 16,8; este versículo integró durante mucho tiempo el Oficio de Completas).
- Yo te amo, Señor, mi fuerza; Señor, mi roca, mi fortaleza y mi libertador. (Sal 17,2).
- Tú, Señor, no te quedes lejos; tú eres mi fuerza, ven pronto a socorrerme. (Sal 21,20).
- A ti, Señor, elevo mi alma, hacia ti, mi Dios. (Sal 24,1).

Es de notar que tenemos aquí la definición clásica de oración: según San Nilo, la oración es elevación del alma —de todo el ser— hacia Dios.

- Acuérdate, Señor, de tu compasión y de tu amor, porque son eternos. (Sal 24,6).

Para practicar este género de oración, es necesario ejercitar la memoria para retener por lo menos un versículo. Es poco al lado del esfuerzo que hacían los monjes antiguos que sabían el salterio entero de memoria.

Un truco para memorizar los versículos sálmicos puede ser tomado de la tradición litúrgica: ésta habitualmente no canta un salmo “suelto”, sino que lo enmarca con una antífona, especie de pequeño refrán de melodía más rica que la salmodia y a cuyo modo musical introduce. En todo caso, a aquellos que tienen un poco de oído musical, les será fácil acordar-

se de algunas antífonas y de nutrir con ellas su oración. Mencionaré solo algunas antífonas de la liturgia muy conocidas (a veces demasiado, porque se las ejecuta mal):

- *¡Oh Señor, nuestro Dios, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! (Sal 8,2).*

- *Los pobres comerán hasta saciarse, y los que buscan al Señor lo alabarán (Sal 21,27).*

- *El Señor es mi pastor, nada me puede faltar (Sal 22,1).*

- *Ten piedad, Señor, porque hemos pecado (Sal 50).*

- *Mi alma espera en el Señor y confía en su palabra (Sal 129,5).*

- *Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterno su amor (Sal 135).*

En esta repetición de un mismo refrán, no hay que ver una cantinela, sino una profundización de la palabra de Dios que, poco a poco, imprime en nosotros su marca.

2. Meditar algunos salmos. Aquí también hacemos una selección. Extractamos del salterio los salmos que más nos hablan, o sólo una parte del salmo. Es perfectamente legítimo. Así procede la misma liturgia con relación al conjunto de la Biblia: el procedimiento del “extracto”, en palabras técnicas: la perícopa. La liturgia romana no lee toda la Biblia, ni en la Misa, ni en el Oficio, sino que proclama solo extractos de ella. En la Misa, por ejemplo, se lee solo una quinta parte del Antiguo Testamento. La liturgia elige lo que le parece más importante de la historia de la salvación, lo que preparará el evangelio. Así, la liturgia de cada Misa propone sólo una selección de versículos de salmos, raras veces un salmo entero, y algunos salmos no aparecen nunca.

Lo que hace la liturgia, también lo podemos hacer nosotros cuando queremos rezar un salmo personalmente o en grupo: elegimos uno que nos parece apto para nuestro estado de ánimo, las circunstancias en las cuales nos encontramos, o eventualmente el tema de reflexión en que estamos. *En la oración totalmente privada... estamos libres de elegir un salmo en sintonía con nuestros sentimientos* (cf. OGLH n° 108). Por ejemplo si queremos meditar:

sobre la oración, podemos elegir el salmo 24;

sobre el deseo de Dios, el salmo 62 (menos las dos últimas estrofas);

sobre la nostalgia de Dios, el salmo 41;

sobre la misericordia y la ternura paternal de Dios, el salmo 102;

sobre la belleza de la creación, los salmos 8, 18A, 103, 148;

sobre la belleza de la palabra de Dios, los salmos 18B, y si tenemos tiempo, el salmo 118, el más largo del salterio con sus 176 versículos, repartido en 22 secciones que corresponden a las letras del alfabeto hebreo, especie de rosario maravilloso que canta la alegría de guardar la palabra vivificadora de Dios.

Esta meditación de un salmo debe seguir las etapas de la meditación de la palabra de Dios. Las repito¹⁵. Rezar no es en primer lugar hablar a Dios, sino disponerse a escucharlo. Ahora bien, para escuchar a alguien, es preciso empezar por callarse. Esta es la etapa previa. Hacer silencio en torno a sí mismo: la calma (o, para aquellos que les gusta, una música suave); un entorno que favorezca el recogimiento (si bien es verdad que se puede rezar en cualquier parte, con un versículo de salmo, por ejemplo, aun en el colectivo, es difícil meditar cuando el marco es totalmente contrario); elegir un momento favorable (no después de un partido de fútbol, por ejemplo); tomar también una buena postura física. Todas estas condiciones apuntan a establecer la calma exterior. Mas hay que establecer también la calma interior, lo que a menudo es mucho más difícil: esto supone un ejercicio habitual de la pureza de corazón, para escapar poco a poco de las pasiones que nos perturban (cólera, rencor, lujuria, búsqueda ávida de dinero, ambición fuera de lugar, etc.). De otra manera el ejercicio del recogimiento interior es muy difícil: estas pasiones vienen a ocupar en seguida el vacío que hemos creado haciendo silencio.

Supongamos que hemos alcanzado a un cierto recogimiento (no hay que desalentarse, porque el recogimiento no será nunca perfecto), podemos entonces empezar por la primera etapa de la oración propiamente dicha. Esta etapa es muy humilde: es la lectura del salmo elegido. Lectura lenta, que va saboreando y deteniéndose en la palabra que llama la atención, en la expresión que nos gustó. Después viene la segunda etapa (que puede tener lugar dentro de la primera, pues no hay distinción estricta entre las etapas): hacer como las vacas, que comen una y otra vez la misma comida: rumiar, volver a leer el texto que nos atrajo, impregnarnos de Él. Esta

¹⁵ He dado una presentación más detallada de las etapas de la oración en el *Livre de la Prière*, Paris, Brepols, 1987, pp. 11-20.

segunda etapa es la que los antiguos llamaban meditación: ésta no es un discurso en tres puntos que se dirige a Dios (que para nada necesita nuestros discursos), sino más bien una lenta impregnación de nuestro corazón con la palabra de Dios que viene a modelarlo, a conformarlo un poco más con lo que Dios quiere. Sólo después viene la tercera etapa: uno contesta a esta palabra de Dios, no para enterarlo de algo (Él lo sabe todo), sino para decirle que lo amamos, que tenemos confianza en Él, que buscamos unirnos a su voluntad; para pedirle perdón por nuestras debilidades, por la distancia que hay entre el texto que leemos y la vida real que llevamos; para suplicarle, también, que nos ayude a superar la prueba en la que estamos, permaneciendo abiertos, como Cristo en Getsemaní, a una manera paradójica de ser atendidos. Esta tercera etapa es la oración. Para formularla, si estuviésemos secos, podemos inspirarnos en las “*oraciones sálmicas*”. Estas oraciones que eran practicadas en la antigüedad, fueron redescubiertas en nuestro siglo. Algunas de ellas fueron traducidas al francés por el P. Patrick Verbracken, de Maredsous¹⁶. Las mejores oraciones sálmicas que conozco son las que figuran al final de cada salmo en el *Salterio Litúrgico Ecuménico*¹⁷. Ellas ofrecen notables ejemplos de oración —cristiana— de los salmos, coincidiendo con lo que buscamos realizar (a veces nos dan un toque evangélico después de un salmo de imprecación, por ej. *Sal* 136).

La cuarta etapa no puede ser programada; es lo que llamamos contemplación. La oración se transforma entonces en profunda alegría, en atención exclusiva a Dios. Uno se siente tocado por Él, por algo más fuerte que nosotros. Esto no acontece con frecuencia —hay que reconocerlo—, pero también hay que decir que de ninguna manera está reservado a los grandes místicos. Todos aquellos que, por el bautismo, han recibido el Espíritu de Cristo, tienen dentro de sí una fuente de donde puede brotar la contemplación amorosa de Dios y de su Hijo amado.

3. Tercera manera de rezar con los salmos: **La salmodia del conjunto del salterio**. Ahora es cuando las cosas se complican. Porque en las otras dos maneras antes evocadas hemos hecho una elección: hemos tomado algunos salmos y hemos dejado otros. Hemos omitido lo que nos pare-

¹⁶ *Oraisons sur les 150 psaumes*, (Lex orandi n° 42), Paris, Cerf, 1967.

¹⁷ *Le Psautier. Version ecuménique, texte liturgique*, Paris, Cerf, 1977.

cía inadaptado a nuestra sensibilidad, a nuestros gustos, incluso al evangelio del perdón. Ahora bien, henos aquí confrontados a la totalidad del salterio, con lo que nos agrada, pero también con lo que nos choca. Aquí se plantea de una manera particularmente aguda la cuestión: ¿es posible para un cristiano hacer suyos todos estos textos, en particular los textos referentes a acontecimientos lejanos del pueblo de Israel, sin interés aparente para nosotros, y, sobre todo, los textos, bastante numerosos, que atacan a menudo con violencia a los enemigos? Un cristiano, hombre del Nuevo Testamento, ¿puede verdaderamente asimilar en su oración todos estos textos veterotestamentarios?

a) Mi primera respuesta consiste en decir que esto debe ser posible puesto que la liturgia, no la de la Misa, pero sí la de las Horas, manda salmodiar el conjunto del salterio¹⁸. Por lo tanto la Iglesia de Cristo, cuya voz es la liturgia, se reconoce a sí misma en el salterio que ella reza a lo largo de los años desde hace siglos. Es cierto que las interminables salmodias a veces han representado más bien una medida de tiempo pasado en la Iglesia, que un diálogo vivo con Dios. Por ejemplo, entre los rudos monjes irlandeses del siglo VI, ¿el salterio podía ser la medida de tiempo pasado en el agua fría, por penitencia!; o en la novela de Rabelais, *La vida de Gargantúa* (cap. 41), ¿el hermano Juan de Entommeurs propone utilizar la salmodia como soporífero infalible! Notemos, a la inversa, que la RB provee una salmodia menos larga que la mayoría de las demás reglas monásticas: el salterio en el transcurso de una semana (de hecho, con las repeticiones, suma más o menos unos 250 salmos por semana, y la Edad Media se encargará de duplicar o triplicar la dosis, agregando Oficios votivos). Hasta la reforma del Papa Pío X, el Oficio romano tenía más salmos que el Oficio benedictino: por ejemplo, un sacerdote tenía que rezar por entonces 22 salmos en los maitines del día domingo. Sea lo que fuere, hay que reconocer que el principio de la recitación del salterio en el Oficio nunca fue discutido, y que ha sido aplicado no sólo en la liturgia romana, sino en todas las liturgias orientales. Esto, sin dudas, no suprime las dificultades

¹⁸ La obra fundamental sobre la Liturgia de las Horas es la de R. Taft, *La liturgie des Heures en Orient et en Occident. Origine et sens de l'Office divin*, (Mysteria n° 2), Paris, Brepols, 1991.

personales que podamos tener para apropiarnos ciertos salmos, pero por lo menos desaconseja un rechazo masivo.

b) ¿Cuál es la relación de la salmodia con la oración, con la "oración" propiamente dicha? Esta pregunta interesa sobre todo a aquellos que practican efectivamente la salmodia, cuando celebran en comunidad o individualmente la liturgia de las Horas.

No voy a seguir aquí la posición paradójal del P. de Vogüé en el artículo ya citado. A mi juicio es muy estrecho su concepto de la oración, pues la identifica con la meditación. Muy evidentemente uno no puede meditar en sentido estricto sino dejando de salmodiar. Es lo que hacían los monjes de la Antigüedad, que se detenían después de cada salmo para hacer una pausa orante. Pero esto no significa que la misma salmodia no sea ya una oración.

Es cierto que la salmodia corriente es relativamente rápida, a veces demasiado. No es posible detenerse en una frase que impacta, ni meditarla (es la parte de verdad del artículo de de Vogüé). El riesgo es, entonces, de verbosidad hueca.

Para que la salmodia corriente sea una verdadera oración es necesaria una actitud general de atención a Dios. Por otra parte, la mayoría de los salmos se dirigen a Dios como a alguien que está vivo. Hay quien llamó a los salmistas *tuteadores de Dios*. Incluso los salmos que hablan con Dios en tercera persona (salmos sapienciales e históricos), deben, de todas maneras, ser dichos ante Dios (OGLH n° 105). Rezar los salmos nos coloca, pues, en una actitud de diálogo con Dios. En esta actitud uno no se fija en cada palabra que pasa, sino que uno se deja llevar por el ritmo, como en el rosario, o como un nadador que, flotando sobre el mar, se deja llevar por las olas. Y la salmodia, por su mismo ritmo de recitación, es un mar en el cual uno se sumerge para ser mecido por el ritmo de la palabra de Dios.

A propósito de la salmodia, San Benito enuncia un principio esencial: *En la salmodia, hagamos de tal manera que nuestro espíritu concuerde con nuestra voz* (RB 19). Es una invitación apremiante para evitar la recitación mecánica y para vivir conscientemente el texto que nuestros labios pronuncian. Pero, me parece que se puede ampliar el sentido de esta frase y entenderla como sigue: Si ustedes quieren rezar, empiecen por decir salmos, por pronunciarlos con los labios; después traten de poner su espíritu en consonancia con esas palabras, dejen que su espíritu se deslice dentro

de esas oraciones, y así, paulatinamente, a medida que vaya realizándose la armonía entre las palabras y el corazón, ustedes alcanzarán el estado de verdadera oración. Tal como un niño empieza diciendo palabras antes de entender su sentido, del mismo modo poco a poco esas palabras se transforman en signo inteligible y van moldeando su espíritu. La oración sigue el mismo proceso. No sabemos orar como conviene: es el Espíritu de Dios que en nosotros hace brotar la oración. Ahora bien, estando el salterio inspirado por el Espíritu de Dios, apropiarse de estos textos es decir palabras inspiradas, es volver a decir a Dios palabras que le gusta escuchar.

En esta concordancia entre el espíritu y la voz, existe toda una pedagogía de la oración: no es la voz la que debe concordar con el espíritu —lo que sería buen cartesianismo—, sino que es el espíritu el que debe concordar con la voz: la palabra es primero, lo cual corresponde a lo que sucede en la educación de un niño. El lenguaje preexiste a la palabra de un individuo en particular, y es la apropiación del lenguaje por el individuo lo que va a desarrollar su pensamiento. De la misma manera, el lenguaje de la oración preexiste en la Biblia; el apropiármelo depende de mí, repitiéndolo y asimilándolo poco a poco. Cuando lo tenga realmente asimilado, entonces sabré rezar, pero, probablemente, me será necesaria toda la vida.

Entonces se entiende la observación del P. Bouyer: *Los manuales compuestos por los antiguos maestros de la vida ascética coinciden todos en este mismo punto: la íntima adhesión del monje a los salmos y su educación en las vías de la oración son una misma cosa*¹⁹.

c) Pero la pregunta rebota: ¿es posible, o tan siquiera deseable, hacer concordar el espíritu de igual manera con todos los pasajes de los salmos, incluidos los que claman venganza sobre los enemigos?

Observaré primero que los pasajes “duros” de los salmos que estamos obligados a recitar en la salmodia del Oficio, pueden ser comparados a los platos servidos a una comunidad: no hay posibilidad de elección, pero de todas maneras se saca provecho ¡aunque a veces haya cosas que se nos atraganten! Pero es exacto que no se encuentra en ellos igual placer y que uno no vuelve a servirse con gusto.

¹⁹ L. Bouyer, *Le mystère pascal*, (Lex orandi n° 4), Paris, Cerf, 1945, p. 38.

Se pueden distinguir tres maneras de apropiarse de los salmos, según tres grados de dificultad creciente²⁰:

* Están los salmos que uno puede apropiarse directamente: los himnos que cantan la alabanza del Creador (8, 18A, 103, 148, etc.), o del Dios salvador (33, 84, 102, 135), o de uno y otro a la vez (32, 99, 146, 147). Lo mismo vale para los salmos de súplica que pueden expresar nuestro desamparo físico o moral, y si no conocemos actualmente una pesada prueba, nos es siempre posible el interceder por los que sufren. A la inversa, aun si nuestro corazón está triste, es posible decir los salmos de alabanza, porque siempre hay motivos para dar gracias a Dios en todo tiempo, aunque sólo sea por la salvación que nos llegó por medio de Cristo. Además, si salmodiamos en la liturgia, no lo hacemos sólo en nuestro nombre personal, sino en nombre de toda la Iglesia, Cuerpo de Cristo: en solidaridad con todos nuestros hermanos, podemos *alegrarnos con los que se alegran, y llorar con los que lloran* (OGLH n° 108, cf. Rm 12,1).

* Hay salmos que sólo podemos rezarlos realmente llevándolos hasta su sentido pleno (OGLH n° 109). Tales son los salmos reales que exaltan al Rey terrenal, Ungido o Mesías de Dios (2, 17, 19, 20, 44, 71, 88, 100, 109, 131, 143), y los salmos del Reino (92, 95 al 98) que proclaman que Dios es Rey. Estos salmos tienen, en efecto, una dimensión profética que llama a una realización. Los unos encuentran un cumplimiento en Cristo, Rey-Mesías; los salmos del Reino, en el Reino que Jesús vino a inaugurar. Al rezarlos tenemos presente a Jesucristo. El mismo proceso se aplica a los salmos de la Ley, que encuentran su cumplimiento en el Evangelio, la nueva ley, o también a los cánticos de Sión, aplicados a la Iglesia, pueblo de la Nueva Alianza, en quien se realizan las promesas hechas a Israel y a Jerusalén. Pero este cumplimiento no es aún total: tendrá lugar sólo en el último día. Mientras tanto, la oración de los salmos conserva su actualidad: como en el Padrenuestro, rezamos a Dios pidiendo que venga su Reino.

* Finalmente, hay en los salmos doctrinas propias del Antiguo Testamento ya superadas por el Nuevo. *Los salmos no son más que una som-*

²⁰ Lo que sigue es parte de una introducción a los salmos que escribí para: *Nouveau Testament et Psaumes*, traducción litúrgica de la Biblia, texto oficial integral; edición anotada por la Abadía de Clervaux, (Paris, Brepols), aparecida en 1993.

bra de la plenitud de los tiempos que se reveló en Cristo Señor y de la que recibe toda su fuerza la oración de la Iglesia; por lo cual puede ocurrir que, a pesar de la suma estima de los salmos, en la que se muestran concordes todos los cristianos, surja a veces alguna dificultad cuando alguien, al orar, intenta hacer suyos tan venerables poemas (OGLH n° 101). Por ejemplo es necesario corregir la doctrina sobre el destino de los difuntos después de la muerte que ya no será el lúgubre Sheol donde los muertos no alaban al Señor (*Sal 113 B,17*), sino que es, para los justos, la casa del Padre donde Jesús nos introduce y donde cantaremos siempre sus maravillas. El sufrimiento humano, también cambió de sentido: cesó de ser absurdo desde que el Hijo de Dios lo compartió.

Las maldiciones e imprecaciones, bastante frecuentes en los salmos, también deben ser reajustadas. Por cierto que el combate contra las fuerzas de las tinieblas subsiste. Pero, si bien hay que odiar al mal que actúa, no hay que odiar al malvado, puesto que el evangelio nos pide amar a los enemigos. Los pasajes muy duros, incluso chocantes, que se encuentran en algunos salmos expresan una preocupación de justicia (generalmente el talión) bajo un forma que el evangelio superó con su llamada al perdón, pero que corresponde a una etapa de la evolución del creyente que lucha contra el mal (el talión es un progreso en comparación a una serie indefinida de venganzas). Teniendo en cuenta la dificultad causada por estos pasajes, la liturgia de las Horas (Oficio romano) omite tres salmos:

En el curso del Salterio se omiten los salmos 57, 82 y 108, en los que predominan el carácter imprecatorio. Asimismo se han pasado por alto algunos versos de ciertos salmos, como se indica al comienzo de cada uno de ellos. La omisión de estos textos se debe a cierta dificultad psicológica, a pesar de que los mismos salmos imprecatorios afloran en la espiritualidad del Nuevo Testamento, por ejemplo *Ap 6,10*²¹, sin que en modo alguno induzcan a maldecir (OGLH n° 131).

Sin embargo, hay que agregar que la oración de los salmos debe finalmente desembocar en el Padrenuestro, oración cristiana por excelencia,

²¹ *Ap 6,9b-10: Las almas de los que habían sido inmolados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que habían dado... clamaban a voz en cuello: "¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, tardarás en hacer justicia y en vengar nuestra sangre sobre los habitantes de la tierra?"*

tal como lo hace la liturgia que coloca el Padrenuestro al final de los Oficios. Este recurre a elementos sálmicos (aun inspirado en el *Shemoné Esré*, las 18 bendiciones, de estilo sálmico). Y el Padrenuestro lleva esos elementos sálmicos hasta su cumplimiento: Dios es llamado allí Padre nuestro, (lo que es raro en los salmos; cf., sin embargo, *Sal* 88,27; 67,6; 102,13); el Reino es el de Cristo; subordina el perdón de Dios al perdón de las ofensas, en lugar de clamar; sin embargo les hace eco a todos los gritos del salmista, que lucha y protesta contra el sufrimiento: *líbranos del mal* (o del Maligno).

Mediante estas pocas reglas de interpretación, se hace posible a un discípulo de Cristo rezar de verdad al ritmo de los salmos, saboreando cada vez más su riqueza espiritual, al mismo tiempo que su profunda humanidad. Svetlana Stalina, la propia hija del dictador tristemente célebre, hizo experiencia de ello. Educada en el ateísmo más total, estaba al borde del suicidio. Un día se encontró con un amigo, Andrés Siniavsky, quien le habló de los salmos. He aquí como cuenta ella su descubrimiento:

Buscaba palabras que me hicieran entender mejor lo que sentía. Por fin, las encontré en los salmos de David. David canta con el corazón abierto de par en par, con un corazón que late con todas sus fuerzas. Casi se aturde con la vida, y en la vida ve a Dios; pide a Dios su ayuda, cuando a veces, cae; entonces cuenta esta debilidad, busca en qué se equivocó, se reprocha sus errores, después se dice a sí mismo que él no es gran cosa, solo un átomo en medio del universo, pero precisamente: es un átomo, y entonces da gracias a Dios por todo aquel mundo que lo rodea, y por aquella luz en su alma.

Nunca he visto palabras que actúen con tanta seguridad como las de los salmos. Su poesía ardiente limpia, alienta, ayuda a ver claro en uno mismo, a ver en qué nos hemos equivocado y a reemprender la marcha. Los salmos son una gran llamada de amor y de verdad²².

*Abadía San Mauricio
L-9737 Claraval
Luxemburgo*

²² Citado por J. Loew, *Vous serez mes disciples*, Paris, Fayard-Mame, 1978, p. 157.